

## DESTITUCIÓN DE MÁXIMO GÓMEZ

Otro hecho desagradable que hay que relatar fue la destitución del General Máximo Gómez. Nuevo error del Presidente Céspedes. Primero se privó de un Agramante y después tuvo que reponerlo por no lograr la unificación ni el servicio ni la eficacia del Ejército Libertador en la región camagüeyana; ahora, tal vez guiado por intrigas surgidas por las condiciones militares de Gómez, hombre que a la vez que temido era muy querido de sus soldados a los que exigía una disciplina férrea. Era un jefe que no mandaba a combatir mientras él se resguardaba, él iba siempre en la primera línea de sus tropas y en las «cargas al machete» él era siempre quien las iniciaba. La aureola del General Gómez había provocado envidias y resquemores entre los más allegados al Presidente. Además el carácter un tanto brusco del jefe dominicano que tenía siempre una contestación ruda lo mismo para el soldado que para el general lo hacían hombre de pocos amigos y simpatías en el alto mando que rodeaba al Ejecutivo. También hay que unir a todo esto como dice Enrique Collazo: «de carácter valiente y tenaz, toda imposición, por leve que fuera, le parecía excesiva».<sup>121</sup>

Hay que agregarle sus expresiones muy duras ante el acuerdo del Consejo de Secretarios de Céspedes autorizando la salida para el extranjero de sus propios miembros; la negativa constante a las comisiones al exterior y la más reciente el no cumplimentar la orden del Presidente de proveer a sus Secretarios y Ayudantes del número de asistentes necesarios.

La negativa de Máximo Gómez estaba más que justificada, en las guerras, en las revoluciones los hombres van a pelear no a servir de asistentes a los que no luchan.

---

<sup>121</sup> Collazo, Enrique. «Desde Yara hasta el Zanjón.» La Habana. 1 ipografía de «La Lucha», 1893, p. 40.

Ello alteró los humores del Presidente Carlos Manuel de Céspedes que lo consideró una insubordinación, un acto de indisciplina y ordenó su destitución.

En este caso no hubo flexibilidad entre ambos. Se enfrentaron dos hombres acostumbrados a mandar y ser obedecidos y de ahí el choque inevitable.

Como dice Collazo «un ligero incidente vino a cambiar la situación. El Presidente pidió al General Gómez asistente para sus Ayudantes y Secretarios, cosa que era indispensable en Oriente, recibiendo como contestación que él también carecía de ellos y que el Ejecutivo podía buscarlo si los necesitaba. La contestación no era justa ni lógica; fue una geniada irreflexiva, tal vez hija de la situación del momento; Céspedes al recibir semejante respuesta, dio una Orden General, que se leyó a toda la fuerza armada, deponiendo del mando de todas las fuerzas de Cuba al General Gómez y no habiendo otro de mayor graduación, se hizo cargo de la jefatura interinamente, el coronel José A. Maceo. Al comunicarles a éste, personalmente Céspedes la disposición, como Maceo titubease o excusase el cumplirla, levantándose el Presidente le dijo: “Vaya usted a cumplir inmediatamente la orden o yo sabré hacerla cumplimentar.”»<sup>122</sup>

Máximo Gómez en su «Diario de Campaña» dice poco, casi nada de este hecho trascendental en su vida de libertador. Solamente escribe: «junio 8 de 1872: Me depone el Gobierno y me da órdenes de pasar a la línea del Sur. El Gobierno me ha pedido un número de convoyeros que no puedo darle de momento, pues necesito pasar una revista general a la columna, para ver si consigo sacar algunos, los puntos donde se ha acampado no han sido propósito para ello y esperaba acampar en un punto abierto donde las tropas pudieran formar con orden y comodidad. El Gobierno se cree que yo no cumpliré mi oferta, a este asunto particular le da un carácter oficial y de Gabinete, pues esto de convoyeros no los conoce la Ley de Organización Militar —por este motivo soy depuesto— en momentos en que lleno de entusiasmo y bullendo en mi mente el plan de un movimiento que me promete reputación y gloria, marchó al frente de 400 hombres. Este paso me ha traído el desengaño, y pienso que los hombres que componen el actual Gobierno de Cuba, no están a la altura de la Revolución, y con ello no podrá nunca triunfar ésta, pues matan aspiraciones del Ejército y carecen absolutamente de tacto

---

<sup>122</sup> Collazo, Enrique. Obra citada, p. 28.

para desenvolverse hasta en las cuestiones de poca entidad. El coronel Maceo queda al frente de las tropas y yo marché el mismo día a cumplimentar la orden, acampo en Pilato de Mustelier donde permanezco, pues mi salud se ha quebrantado.»<sup>123</sup>

Sin embargo Pirala da otra versión más amplia al decir: «Yo quedé aturdido con aquel inesperado procedimiento y se me hacía difícil creer en la causa que se invocó para ejecutarlo. El ayudante que leyó la orden la terminó con un ¡Viva Cuba Libre! y otro al Gobierno, que las tropas inconscientes respondieron. Esto último, aunque por un instante, me entristeció grandemente.»

Dice luego que «el coronel Antonio Maceo aceptó con disgusto el mando de la división, y que la mayor parte de los jefes y oficiales se le acercaron manifestándole, no sólo su desagrado por aquel procedimiento, que calificaron de injusto, sino que no estaban dispuestos a continuar la marcha; a los que les contestó que la mayor muestra de simpatía que podían darle era marchar callados y contentos a ayudar al Gobierno & llevar a cabo un gran plan que hemos estudiado. Yo no soy más que un soldado como lo sois vosotros para ayudar a la patria».<sup>124</sup>

Ignacio Mora que se encontraba separado ya del Gobierno de Céspedes y se hallaba distante de la sede del mismo, escribe en su diario lo que sigue: «jueves 5 de julio: Se confirma la deposición de Gómez por un individuo de su escolta. El motivo que suponen es bien ridículo. Cuestión de convoyeros. Siempre lo mismo, la comida».<sup>125</sup>

Depuesto Gómez —dice Pirala—, aspiraba el Presidente Carlos Manuel de Céspedes a que fuera el jefe militar de la insurrección y su hombre de confianza, Calixto García íñiguez, y para estar mejor enterado de los sentimientos de éste, llamó al Jefe de Sanidad, quien acudió solícito, le invitó a almorzar, y como aún no estaba listo el almuerzo, se habló sobre los últimos acontecimientos, no aprobando el Jefe de Sanidad la deposición de Gómez, cuyas dotes alabó, costándole trabajo comprender se le quisiera anular y las ventajas que con tal medida pudieran alcanzarse. «El Presidente —dice un manuscrito que tenemos a la vista (pues no hablamos por nuestra cuenta), hubo de pasar ligero por aquel camino, e hizo que la conversación fuera al punto donde quería llevarla,

<sup>123</sup> Gómez, Máximo. «Diario de Campaña.» Ceiba del Agua. La Habana, 1 940, p. 31.

<sup>124</sup> Pirala, Antonio. Obra citada. Tomo II, pp. 439-440.

<sup>s</sup> Sarabia. Nydia. «Ana Betancourt.» Editorial Ciencias Sociales. Instituto del Libro. La Habana, 1970, p. 148.

dando a conocer a las pocas palabras que deseaba tratar de Calixto García; seguramente por estimar que su convidado estaba no sólo en los secretos de la política de Calixto, sino que éste casi siempre obraba por los consejos que como amigo le daba. Por consiguiente sin más rodeo, abordó el Presidente la cuestión preguntando a su huésped si creía que Calixto García, a quien dijo apreciaba bastante y a quien se proponía elevar en grado y mando le sería adicto, fiel y consecuente a su persona, pues en ese caso le pondría al frente de uno de los tres cuerpos en que pensaba dividir el ejército de la República, y mientras no se invadiesen Las Villas, que eso sería más tarde, cuando llegaran otras expediciones. Ante aquella pregunta su interlocutor se vio estrechado, le contestó con su leal franqueza de la manera siguiente:

—Presidente, Don Carlos; permítame darle las gracias por el acto de confianza que me brinda; y justamente en Tasajo,<sup>6</sup> donde, como debe recordar le ayudé en el 69 por este mismo mes, a quitarse de encima el peso de la peligrosa dictadura de Mármol. Yo, sí debo hablarle con la sinceridad de amigo, desde luego puedo decirle que no puedo responder de Calixto García ni de ningún otro, en política, ni menos en sus aspiraciones, porque cada cual obra según las circunstancias como mejor le parece, y luego quedaría mal el que hiciese el papel de fiador. Hasta cierto punto creo de buena fe que si usted protege y eleva a Calixto, le será agradecido y le servirá de estímulo para que trabaje con más entusiasmo, porque estoy observando en él que así como antes repetía que tenía bastante con el empleo de brigadier y estar a las órdenes de Gómez, ya después, con la gloria adquirida con las operaciones de Jiguaní y Guisa, le han ido entrando más y más el deseo de hacer más. Y ahora respecto de que él pueda aceptar el ascenso y el mando con detrimento de su amigo y maestro el General Gómez, que le ha enseñado cuanto sabe de guerra y mando, no creo que deba cometer esa falta, porque si acepta para ayudar a deprimirlo y a que permanezca relegado el General Gómez, daría un mal paso que allá en su conciencia siempre le estaría pesando. Esta es mi opinión.

»El Presidente meditó un tanto la respuesta anterior, como si reflexionara para lo venidero (¿tendría algún presentimiento?), y después le dijo a su convidado:

¿Cree usted amigo F. que Calixto quedará satisfecho con el ascenso si yo encuentro el medio de conciliar los extremos?

»A lo que le contesto casi como la primera vez; pero contrariando la deposición violenta de un jefe de quien dijo, que desde la primera acción de armas en el Pino contra el Coronel Quirós el 25 de noviembre de 1868, dio la prueba de sobresaliente; y al mismo tiempo hizo mérito de la decisión del General Gómez por el Presidente cuando Leopoldo Arteaga, R. Milanés y Eduardo del Mármol influían tenazmente en el ánimo del General Donato del Marmol, para que no dejara que ningún poder que no fuese el suyo interviniese desde la línea del Río Cautillo hasta la Punta de Maisí.

»El convite del almuerzo, que estaba reducido a un plato de cocido criollo y una jícara de café hervido con guarapo, terminó con la conversación por lo cual el Jefe de Sanidad creyó conveniente retirarse.<sup>126</sup>

Al abandonar el bohío presidencial el Dr. Félix Figueredo, fue interpelado por el General Calixto García, que le preguntó el motivo de la entrevista.

«Había sido —le contestó Figueredo —para darle de almorzar algo mejor de lo que se pesca en este rancho; y por postre, el encargo que le encuentre un jefe a quien entregarle el mando con el empleo de mayor general, a condición de que le sea adicto, consecuente, activo, fiel, y... <¿Te atreves a tomarlo con esas condiciones? Te advierto que no me he atrevido a responder por ninguno; y aún he agregado que con detrimento del General Gómez, menos podía encontrarlo. ¿Apruebas mi contestación? Se puso a reflexionar y no contestó. No le era fácil».<sup>127</sup>

Al fin, como dice José M. Pérez Cabrera, «fue Calixto García quien recibió el duro encargo de sustituir al General Gómez como Jefe de Oriente».<sup>128</sup>

El Presidente Céspedes ascendió a Brigadier al Coronel Antonio Maceo, este nombramiento motivó que Ignacio Mora escribiera en su diario: «También nombró Brigadier al mulato Maceo ¿por qué? Porque García lo propuso y el Presidente cuanto propone este jefe se lo concede. Sin embargo Maceo es valiente y no rehuye nunca al enemigo.»<sup>129</sup>

---

<sup>126</sup> Manuscrito de Félix Figueredo, copiado por Antonio Pirala, en su obra citada. Tomo II, pp. 533-534.

<sup>127</sup> Pirala. Antonio. Obra citada. Tomo II, p. 534.

<sup>128</sup> Pérez Cabrera. José Manuel. «Calixto García.» Academia de la Historia de Cuba. La Habana, 1942, p. 20.

<sup>129</sup> Sarabia, Nydia. Obra citada, p. 178.

La sustitución de Máximo Gómez por Calixto García no afectó en nada la amistad de ambos. Calixto era un carácter independiente y si Céspedes creyó obtener un adicto, fiel y sumiso a sus deseos se equivocó.

Calixto García visitó en su reclusión en las montañas al General Gómez y lo invitó —como dice Griñán Peralta—: «cuando el sitio de Holguín, Máximo Gómez, sin mando de fuerzas, acompañó a Calixto García y le ayudó con sus consejos y su presencia allí. En mayo del '73, nació Clemencia, y Máximo Gómez tras disponer que llevase el nombre de su propia madre, dispuso que fuese Calixto García su padrino.»<sup>11</sup>

Además el propio Máximo Gómez, en «El viejo Eduá...» escribió: «lo digo por si en un momento de ofuscación se me pueda suponer apasionado por Calixto a quien nunca podré dejar de amar... Existen lazos entre los hombres que se han comprendido que ni en las circunstancias más poderosas o potentes en apariencia pueden romper. La nobleza de pensamientos y altezas de miras se levantan siempre por encima de las pequeñeces de hábito o de carácter».<sup>12</sup>

« Griñan Peralta Leonardo El carácter de Máximo Gómez.» Editorial Montero. La Habana, 1946, p. 52.

p 41 Gómez' Máximo. «El Viejo Eduá.» Editorial Nacional de Cuba, 1966.